

Sólo desde Cristo podemos amarnos **y dar la vida por el Evangelio**

(Homilía del **padre Christian Viña**, en el Domingo Sexto de Pascua.

La Plata, 5 de mayo de 2024).

Hch 10, 25-26. 34-36. 43-48

Sal 97, 1-4

1 Jn 4, 7-10

Jn 15, 9-17

Jesús, único Rey y Señor de la Iglesia, y de la Historia, con el marco solemne de la Última Cena, nos deja, en su discurso de despedida, el Mandamiento del Amor divino: *Amaos los unos a los otros, como Yo os he amado* (Jn 15, 12). Nos pone una “alta vara”, como se dice ahora; y, por cierto, Él como verdadero Dios, y verdadero hombre, es bien consciente de que jamás nos amaremos, entre nosotros, como Él nos ama. Su desafío, de cualquier modo, es para que no ahorremos ningún sacrificio, ni mezquinemos renunciaciones en ese propósito. Y para que nos abramos a su Gracia.

Pone, asimismo, una condición: *Si cumplís mis mandamientos, permaneceréis en mi amor. como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor* (Jn 15, 10). Esto tiene hoy una actualidad mayúscula; todo el tiempo comprobamos cómo los Mandamientos del Señor son sistemáticamente pisoteados. Imposible, pues, permanecer en el amor cristiano. Se trata, entonces, de rendir nuestro orgullo ante la Divina Majestad; y que resuenen, siempre, en nuestros oídos, las palabras del Salvador: *No hay amor más grande que dar la vida por los amigos* (Jn 15, 13). Él, por nosotros, y por nuestra redención derramó hasta la última gota de su Sangre.

Para alentarnos, y no desfallecer en el intento, Jesús insiste en que siempre la iniciativa es de Él; y ella viene, por supuesto, con su auxilio: *No sois vosotros los que me elegisteis, sino yo el que os elegí a vosotros, y os destiné para que vayáis y deis fruto, y ese fruto sea duradero* (Jn 15, 16). Se trata, entonces, de permanecer íntimamente unidos a Él. Y dar combate contra la siempre presente tendencia a cortarnos solos; y a ser innovadores, y no reformadores. Una “creatividad” sin Cristo es cualquier cosa menos *cristianismo*. La Iglesia no está para que nos celebremos a nosotros mismos; sino para que, todos sus hijos, adoremos al Dios verdadero. Ante esa recurrente tentación de postrarnos frente a nuestros pies, que resuenen las palabras de San Pedro, que escuchamos en la Primera Lectura: *Levántate, porque yo no soy más que un hombre* (Hch 10, 16). Se trata de ser dóciles al Espíritu Santo, que se *derrama también sobre los paganos* (Hch 10, 45).

El Señor reveló su victoria a las naciones (Sal 97, 2), repetimos en la antífona del Salmo. Queda en nosotros, entonces, entonar *un canto nuevo, porque Él hizo maravillas* (Sal 97, 1). Saber que *Dios es amor* (1 Jn 4, 8), como lo expresa San Juan, en su Primera Carta, nos llama a tomar conciencia de nuestra propia dignidad de hijos, en el Hijo; porque venimos del Amor, en él *vivimos, nos movemos, y existimos* (Hch 17, 28), y nuestro destino es ir a su encuentro definitivo, en la Eternidad.

Destaca San Francisco de Sales que, *en la misma creación, Dios creador mandó a las plantas que dieran fruto cada una según su propia especie: así también mandó a los cristianos, que son como las plantas de su Iglesia viva, que cada uno diera un fruto de devoción conforme a su calidad, estado y vocación* (Introducción a la vida devota. Parte 1, capítulo 3). Y San Cirilo de Alejandría subraya que *Jesús enseña a sus discípulos que para salvar a los hombres no hay que arredrarse ante la lucha, sino aceptar con intrépida fortaleza el sufrir hasta la misma muerte. Hasta ese extremo límite llegó el gran amor de*

nuestro Salvador. Hablar de este modo, es simplemente incitar a sus discípulos a una intrepidez sobrenatural y vigorosa y al más alto grado de amor fraterno; es crear en ellos un ánimo generoso y poseído por el amor, y elevarlos a una caridad invicta e invencible (Libro 10. PG 74).

En su monumental obra teológica, el amado Benedicto XVI –a quien tanto extrañamos–, nos dejó su encíclica *Deus Caritas est*, la primera de su Pontificado; cuyo título es tomado del pasaje que citamos, de la Primera Carta de San Juan. Remarca, allí, el cultísimo Papa Ratzinger: *No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva* (n. 1). Y agrega que el amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. *No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor **se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre**. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo* (n. 28).

En *La Gran Aventura*, leemos: *Nuestra Misa es la misma Misa solemne que se celebró en el Gólgota. El Cordero se da a sí mismo constantemente. La Iglesia nos da el propio Dios, no una noción de Dios, no **un símbolo o un sentimiento ni un pensamiento**, sino al propio Dios, al Dios personal vivo. Nos lo da en la milagrosa sencillez de la Hostia* (Pieter Van der Meer De Walcheren. Ediciones Carlos Lohlé – Buenos Aires. 1954. Pág. 31). Como queda visto, entonces, el amor no puede quedar en definiciones abstractas, ni en discursos vacíos; ni mucho menos en manipulaciones ideológicas.

Solo desde Cristo, que nos revela el Divino Rostro del Padre, por el Espíritu Santo, podemos hacer el intento de amar en serio. Y, para ello, debemos tener muy bien puestos los pies sobre la tierra, y la mirada permanente en el Cielo. Porque nos toca vivir en un mundo que llama amor desde lo más sublime y bello, hasta las perversiones más aberrantes. Y en el que se llega al extremo –como ya está sucediendo en algunos países, especialmente en Europa–, de pretender despenalizar la pedofilia; ya que se la considera como una opción más del “amor”. A esta repugnante decadencia llegó el Occidente descristianizado, por haberle declarado ya desde hace siglos –y, especialmente en las últimas décadas– la guerra a Dios. Se sembraron vientos e, inevitablemente, se cosechan tempestades. En la base de lo que hoy se denomina la “batalla cultural” debe estar la “batalla religiosa”; pues solo desde Dios se podrán reconquistar, para Cristo, las naciones, y la Familia. Como nos enseñara el amado San Juan Pablo II, la fe se hace cultura cuando es **plenamente acogida, totalmente pensada y fielmente vivida** (cf. Carta del 20 de mayo de 1982). Confiamos, entonces, este desafío a María Santísima, *sede de la Sabiduría*. ¡Que, desde sus brazos, podamos adorar al Amor!